

# *Portugal y la integración europea (1945-1974) \**

*António José Tela*

## **El problema**

El título adoptado para este estudio es engañoso. En realidad, hasta muy cerca del 25 de abril de lo que podemos hablar es de «Portugal y la no participación en el movimiento de integración europea». Sólo a fines de los años sesenta, cuando el país dejó de ser una sociedad rural, cuando casi dos millones de portugueses vivían en Europa, y cuando la CEE representaba dos terceras partes del comercio nacional, sólo entonces puede hablarse de una corriente interna fuerte, que se interesa en la integración europea y discute las modalidades de la posible participación portuguesa.

Este estudio trata de analizar las razones de esta actitud.

## **«Una Europa debilitada y sin voluntad de lucha»**

El cambio del sistema internacional y mundial que se produce a partir de 1945 es negativamente recibido por los responsables portugueses, que lo perciben sobre todo como un conjunto de amenazas.

Esta visión negativa, casi catastrófica, está patente en numerosas afirmaciones de Oliveira Salazar, el principal responsable de la política

---

‡ El presente trabajo, hasta ahora inédito, fue sin embargo escrito en 1996.

general. Así, se dirá por ejemplo que «el mundo está ampliamente minado por las fuerzas subversivas»<sup>1</sup>. En otra ocasión, se va incluso más lejos pintando de negro la actualidad: «son los nuestros, tiempos apocalípticos, época de regresión o de transición violenta en que se desmoronan los cimientos antiguos antes de que estén echados o consolidados aquellos en que se supone que debe asentarse la ciudad nueva»<sup>2</sup>.

¿A qué se debe esta opinión ampliamente negativa, esta idea de hecatombe, de un mundo al borde de la ruina?

En primer lugar, su base es la constatación de la alteración de la situación de Europa. Salazar critica desde muy pronto la política aliada de exigir la rendición incondicional de Alemania, lo que no duda en calificar como la «raíz de todos los males». «La estrategia de la última fase de la guerra (...) -dice- no sólo puso en manos de Rusia la dirección efectiva de los negocios de algunas naciones, sino que le entregó las posiciones clave desde donde puede partirse en todas las direcciones a la conquista del continente (...). Rusia tiene hoy todas las posibilidades de dominar completamente Europa y puede hacerlo sin que la mayor parte de ella pueda siquiera luchar»<sup>3</sup>. Rusia, en suma, ocupaba las posiciones centrales de Europa debido a la política aliada de destruir el poder alemán, «frontera» del continente contra el «eslavo invasor».

Lisboa añade que el efecto de la guerra fue el de «desplazar hacia el Oeste» el centro de gravedad de la política mundial, o sea, desplazarlo al Atlántico y a los Estados Unidos. Así, la primera constatación de los responsables del Estado Novo era la del avance simultáneo de Rusia y de los Estados Unidos, que se perfilaban como los nuevos grandes poderes, y emparedaban entre sí a una Europa debilitada y cansada.

Desde el punto de vista portugués, la debilidad de Europa no se debía solamente a una pérdida de posiciones y de fuerza relativa. Era sobre todo un mal interno, que minaba su voluntad de luchar. Ese mal tenía muchas caras, pero la principal era el avance de los valores democráticos. La pérdida de la conciencia de la «misión civilizadora

<sup>1</sup> Salazar. Discurso a las fuerzas armadas, el 28 de agosto de 1948. En *Discursos*, vol. IV, pp. 325-337.

<sup>2</sup> Salazar. Discurso en el III Congreso de la Unión Nacional, el 22 de noviembre de 1951. En *Discursos*, vol. V, p. 52.

<sup>3</sup> Nota oficiosa del Consejo de Ministros, de 4 de septiembre de 1946. En Salazar, *Discursos*, vol. IV, pp. 237-265.

europa», la pérdida de la voluntad de defender los valores tradicionales que hicieron la grandeza pretérita del continente.

Se comprende bien esta visión profundamente pesimista del régimen. El Estado Novo levantó durante los años treinta varios atestados de óbito del liberalismo y de la democracia; reiteradamente defendió la tesis de que eran sistemas caducos y mal adaptados a los países latinos. Ahora bien, la Europa de la posguerra se dividía casi por mitades entre regímenes comunistas y democráticos; las excepciones eran los Estados ibéricos. La situación no podía ser más perturbadora y demoralizadora.

### **El camino portugués hacia el «renacimiento» europeo**

Para los responsables portugueses había un camino de renacimiento europeo, pero no era de modo alguno el de la integración. Salazar afirmaba orgullosamente: «Creo haber sido el primer responsable político que presentó con algún desarrollo y suficiente precisión la tesis de que la Europa Occidental, con África felizmente dependiente de ella y ayudada por América, poseía elementos materiales y morales con los que podía reconstruirse y salvar en esa reconstrucción los principios básicos de la civilización europea»<sup>4</sup>.

La reconstrucción en que se estaba pensando era la vuelta a los valores del pasado imperial de la Europa expansionista y de su «misión de civilización». Por eso Portugal pensaba que Europa había de reconstruirse en torno a Inglaterra, ayudada por los Estados Unidos, pero en modo alguno dirigida por éstos. Pensaba sobre todo que el proceso pasaba por el refuerzo de los lazos que unían Europa a África. En este terreno Salazar no podía ser más claro: «No nos hemos cansado de decir que África es complemento natural de Europa, necesaria a su vida, a su defensa, a su conservación. Sin África, Rusia puede desde este momento dictar a Occidente las condiciones en que le permita vivir»<sup>5</sup>. Citas de este tenor podrían multiplicarse hasta la extenuación. Constituyen la base de la futura justificación de las guerras de África,

---

<sup>4</sup> Nota de Oliveira Salazar enviada a las embajadas de Londres, Washington y París durante el proceso de formación de la OTAN, el 25 de octubre de 1948. AMNE. DEL-NATO.

<sup>5</sup> Discurso en el IY Congreso de la Unión Nacional, el 30 de mayo de 1956. En *Discursos*, vol. Y, p. 371.

presentadas como la defensa de Occidente frente al comunismo, a pesar de que el propio Occidente no lo entendiera así y no apoyase de forma activa el esfuerzo lusitano.

Lisboa añadía que en el Atlántico existían dos alianzas: una, entre Inglaterra y los Estados Unidos; otra, entre Inglaterra y Portugal. Lo que no existía, ni podía existir, era una alianza entre Portugal y los Estados Unidos. La principal razón era que los Estados Unidos no defendían ni respetaban los imperios europeos, considerados esenciales para el renacimiento y la supervivencia del continente.

El gran problema de los responsables portugueses era que pocos dirigentes o Estados occidentales compartían estas tesis y, con el correr de los tiempos, los que lo hacían serían cada vez menos. De cualquier modo, cuando una figura del Estado Novo mencionaba la «reconstrucción de Europa» y la «necesidad de unidad», estaba hablando de principios y de proyectos muy diferentes de los que animaban el movimiento de integración europeo.

Tenemos que añadir que hasta el final de los años cincuenta el punto de vista del Gobierno era ampliamente compartido por la población y por una muy amplia mayoría de las corrientes que integraban la oposición. Es notorio que el movimiento de integración europea no cuenta en sus primeros tiempos con el nombre de algún portugués. En el Congreso de La Haya, por ejemplo, España se hizo representar por intelectuales que no compartían las tesis del Gobierno de Madrid (, pero los portugueses están pura y simplemente ausentes.

Aclarado este primero e importante punto, bueno será examinar cuál fue la posición oficial del país ante la realidad del movimiento europeo, animado desde el comienzo por principios democráticos y por ideales no compartidos por el régimen.

### **La posición inicial sobre la integración europea**

Es necesario recordar que el rechazo del Estado portugués al movimiento de integración europea era tan claro y firme que, que sepamos, nadie dirigió nunca una invitación a Lisboa para participar en él. Era Lisboa la que, por propia iniciativa, en numerosas declaraciones públicas e internas, tomaba una posición negativa ante lo que sucedía en Europa.

---

<sup>6</sup> Vid. el excelente estudio de José Manuel CUENCA TORIBIO, *Intelectuales y Políticos Contemporáneos*. Universidad de Sevilla, 1992.

¿Qué razones se aducían? Éstas variaron a lo largo del tiempo, por lo que es siempre necesario tener en cuenta la fecha de cada declaración.

La primera razón invocada era el rechazo a cualquier autoridad supranacional: Portugal no quería alienar ninguna parcela de la soberanía plena del Estado. Se argüía que un Estado pequeño sería siempre aplastado en cualquier asamblea de representación proporcional. Salazar recusa las ventajas de la federación: «La organización del mundo interesado en mantener las hasas de la civilización occidental no puede realizarse íntegramente -como es notorio- en el plano supranacional, sino únicamente desde el entendimiento y el concierto de soberanías nacionales (...). La idea de una Europa federal parece fuera de las posibilidades de realización por muchas razones» <sup>7</sup>.

En otro documento del mismo año, Salazar desarrolla el tema y explica su pensamiento. Comienza por condenar a los que defienden la fusión de Estados o la federación europea, pues lo complican todo sin resolver nada: «Los Estados multiseculares de Europa no pueden confundirse o equipararse con las independencias recién nacidas en los confines de Asia e incluso con las soberanías centenarias de América del Sur (...). Se han desplegado actividades para la creación de una unidad política, o al menos militar, en el Oeste de Europa. Nosotros nos hemos mantenido ajenos a ellas, y tenemos razones para pensar que muchos de los que están involucrados en esas actividades lo hacen únicamente para estimular la voluntad de ayuda de Norteamérica. (...) Ahora bien, mientras la cuestión se encuentre en este pie, quiero decir, en esta confusión, no es razonable que contribuyamos con adhesiones, que habrían de estar condicionadas, o nos adhiramos con declaraciones, como acostumbraban a hacer nuestros parlamentarios» <sup>8</sup>.

La posición portuguesa era comprensible, tratándose de un pequeño poder con un gran imperio, que lo mantuvo en la época contemporánea gracias al apoyo de Inglaterra. En las múltiples crisis que tuvieron lugar desde las guerras napoleónicas, la experiencia portuguesa indicaba que las injerencias internacionales, realizadas generalmente en nombre de la defensa de principios éticos y generales, eran una forma para justificar la división del imperio portugués. La posición tradicional de

---

<sup>7</sup> Discurso a las fuerzas armadas, el 28 de agosto de 1948. En *Discursos*, vol. IV, pp. 325-337.

<sup>8</sup> *Id.* el ya citado memorándum, firmado por Salazar, del 25 de octubre de 1948. AMNE. DEL-NATO.

Portugal era la de reafirmar la soberanía plena, rechazar las injerencias o las normas internacionales, y cerrar filas en torno a Inglaterra hasta que la crisis pasara. Aún en los años treinta, por ejemplo, cuando la Sociedad de Naciones impulsó el plan Briand para una mayor aproximación de los Estados europeos, la respuesta portuguesa fue la de que no aceptaba ninguna injerencia en los problemas de las colonias y que la «europeización» de los asuntos africanos sólo vendría a causar problemas ().

La desconfianza de Lisboa ante los «grandes principios internacionales» era natural e histórica, típica de una pequeña potencia, que sabía que tenía poco peso, sobre todo si aceptaba las reglas de juego morales y las votaciones democráticas en asuntos externos. Cuando se constituyó la OTAN, Portugal sólo participó después de confirmar que todas las decisiones importantes se adoptarían por unanimidad.

Pero las dudas ante la integración europea no quedaban por ahí. Quedan muy bien expuestas en dos textos de Salazar, ambos internos y con el propósito de explicar a los diplomáticos la política nacional: uno, ya citado, es del 25 de octubre de 1948, y se elaboró cuando la federación europea era aún un proyecto; el otro, es la famosa circular del 6 de marzo de 1953, dirigida a las misiones diplomáticas a una altura en que ya se habían creado los primeros organismos internacionales europeos, como la CECA.

El documento de 1948 aún es relativamente moderado y, como ya hemos mencionado, se refiere principalmente al rechazo de la supranacionalidad. El texto de 1953 es más amplio; se dirige en particular al caso de los seis países que forman la CECA, los mismos de la futura CEE. Lo que se dice es que la tentativa de federación entre los seis, además de no resolver nada, está condenada al fracaso a corto plazo por diversos motivos. El primero es el «arraigado nacionalismo» de los Estados europeos; el segundo es que representa una coexistencia de tres repúblicas y tres monarquías y, como «hay que descartar la posibilidad de que coexistan ambos regímenes», las monarquías más pequeñas se sentirían aplastadas y se retirarían; el tercero es que las naciones coloniales se sentirían perjudicadas al compartir su espacio exclusivo con las restantes, por lo que también se retirarían; el cuarto, que Inglaterra no acepta, ni puede nunca aceptar, una integración en

---

<sup>9</sup> Respuesta de Portugal al plan Briand, del 12 de julio de 1930, y documento justificativo firmado por Luís Teixeira de Sampaio, de 3 de septiembre de ese año. AMNE, 3.º piso, armario 12, legajo 226.

una entidad supranacional europea; el quinto, es que al cabo de algún tiempo los restantes países se sentirían absorbidos por Alemania y concluirían que «para esto tal vez no hubiera valido la pena haber hecho la guerra».

Portugal rechazaba la federación por todos estos motivos y porque además pensaba que, a corto plazo, estaba condenada al fracaso. La situación quedaba muy bien resumida en una frase lapidaria: la integración europea es «la destrucción de lo que somos y la integración en lo que no podemos ser».

El país no sólo rechazaba cualquier adhesión, que nadie proponía, sino que ni siquiera participaba en la discusión. Ésa era la razón por la que no se adhería a instituciones que no ponían en tela de juicio la soberanía del Estado, como era el Consejo de Europa de Estrasburgo «y otras creaciones que están inspiradas en el mismo pensamiento». En suma, el movimiento de integración europea sólo suscitaba un interés negativo; sólo interesaba a Portugal en la medida en que podía obstaculizar su propio camino y, por tanto, debía ser combatido.

Claro está que esta posición extrema planteaba un pequeño problema: si Portugal rechazaba la Europa comunista y la Europa de los Seis, y no estaba integrado en la comunidad británica, ¿dónde encontrar apoyos? La respuesta de Salazar era la única alternativa posible: Portugal tenía que aproximarse a España y, proyectándose en África y en América Latina, constituir una tercera fuerza autónoma en el occidente europeo. Existirían así en la futura Europa occidental tres grandes bloques: los Seis, la comunidad británica y el bloque iberoamericano.

Hasta ahora hemos tratado de exponer en lo esencial el pensamiento, y su lógica, de los responsables portugueses ante los primeros tiempos de la integración europea. Es el momento de enfocar la evolución real de la inserción de Portugal en la Europa de la posguerra, puesto que ésta revela desde el principio una dinámica propia que, poco relacionada con las teorías vigentes, acaba por imponerse.

## **Los fundamentos de la posición portuguesa**

La falta de interés del Gobierno portugués por la Europa continental y por la integración europea en la posguerra puede justificarse y comprenderse a partir de una constatación muy sencilla y efectiva: Portugal tenía pocas vinculaciones o dependencias respecto de la Europa occidental continental que constituía el núcleo de la unión europea.

Desde un punto de vista político, diplomático y estratégico, sus dependencias y vinculaciones se realizaban con los países angloamericanos del Atlántico: la secular alianza inglesa, y la aún difícil y poco clara relación con los Estados Unidos. Desde un punto de vista económico, éstas eran también las principales referencias portuguesas: en 1948 casi la mitad de las importaciones portuguesas procedían del área anglo-norteamericana (21 por 100 de los Estados Unidos y 20,7 por 100 de Inglaterra); en contraste, Francia representaba sólo el 0,8 por 100 y Alemania, con un 1,9 por 100, tenía una posición muy poco mejor. Es cierto que, atendiendo a las exportaciones, la situación era distinta, pues aunque Alemania sólo absorbiese un muy modesto 1,06 por 100 del total, Francia compraba el 29,98 por 100 de los productos portugueses. Esto no impedía que la gran referencia económica del país fuese el mundo atlántico. De Inglaterra, por ejemplo, seguían viniendo las principales técnicas para renovar la industria portuguesa: las máquinas para la presa de Castelo do Bode, las técnicas para la electrificación de los transportes, o los motores para las decenas de los navíos en construcción de la marina mercante. De los Estados Unidos procedían los cereales, la energía y los productos de alta tecnología, gracias a las divisas acumuladas durante la guerra y que la política liberal de Daniel Barbosa no tardaría en gastar en la zona del dólar. De Brasil provenían los invisibles corrientes y también sería ese país el gran destino de la emigración nacional en los años de la inmediata posguerra, hasta 1960. Finalmente, de África y del Imperio procedían importantes productos para mantener la reexportación, y hacia allá se encaminaba la mayor parte de las exportaciones industriales portuguesas, con técnicas anticuadas y poco competitivas.

En resumen, podemos decir que la falta de interés del Gobierno en la Europa continental correspondía a la real inexistencia de lazos fuertes en cualquier plano significativo. La opción política por el Imperio y por los poderes atlánticos estaba en consonancia con la realidad económica y estratégica. Claro es que las consideraciones políticas excedían a las realidades económicas, como demuestra el hecho de que en 1948 España representaba solamente el 14 por 100 de las exportaciones y el 0,7 por 100 de las importaciones nacionales, a pesar de lo cual era una de las grandes referencias de la política exterior portuguesa. Lisboa identificaba los destinos de los dos regímenes ibéricos, que a sus ojos constituían un baluarte tradicional contra una Europa dominada por la democracia y el socialismo.

Además de los factores indicados, Portugal salió de la guerra con importantes reservas de oro ex alemán y de créditos en libras, que la hacían mirar el futuro con optimismo. Sus afirmaciones iniciales cuando se lanzó el Plan Marshall reflejan esa realidad y contrastan con la actitud de los restantes países europeos. Todos ellos reciben los créditos norteamericanos con verdadero regocijo, como un verdadero maná caído del cielo, en momentos de grandes dificultades.

No es ése el caso de Portugal. Las primeras instrucciones enviadas al embajador en Washington explican que el país apoyaría el proyecto norteamericano de reconstruir Europa, «en la medida de sus posibilidades», como si Portugal pretendiese contribuir a esa ayuda en vez de recibirla. Más tarde el ministro Caeiro da Matta afirma orgullosamente que «las felices condiciones internas de Portugal nos permiten declarar que mi país no precisa ayuda financiera externa»<sup>10</sup>. Fernanda Rolo en su estudio sobre el impacto del Plan Marshall en Portugal, refiere incluso que el ministro Costa Leite Lumbrales se niega a dar informaciones sobre las reservas de oro del Banco de Portugal<sup>11</sup>. Era, una vez más, el recelo a las injerencias exteriores en Portugal, pues una parte significativa del oro portugués procedía de Alemania que, a su vez, tenía su origen en el pillaje en la Europa ocupada, por lo que existía el riesgo de que los países de Europa reclamaran su devolución.

El futuro embajador Ruy Guerra, que representó a Portugal en la conferencia de París donde se discutió el Plan Marshall, cuenta que partió sin instrucciones, además de habersele dicho que la Conferencia tenía poca importancia pues «los Estados Unidos seguirían dando sus limosnas como más les interesara, sin preocuparse por los planes que se preparaban laboriosamente en París»<sup>12</sup>.

La elección de Ruy Teixeira Guerra fue particularmente feliz. Se trataba de uno de los más prometedores diplomáticos de la nueva generación, que con el tiempo se distanciaría de lo que era la perspectiva clásica de la política exterior.

Los contactos de Ruy Teixeira Guerra en París serían muy útiles cuando, en septiembre de 1947, Portugal realiza un viraje y al fin declara de manera formal que pretende recurrir al auxilio del Plan

---

<sup>10</sup> CAEIRO DA MATTA, *Ao serviço de Portugal*, Lisboa, 1951, p.164.

<sup>11</sup> Fernanda ROLO, *Portugal e o Plano Marshall*, Lisboa, Estampa, 1993, pp. 164-168.

<sup>12</sup> Ruy TEIXEIRA GUERRA, *Os movimentos de cooperação e integração europeia no pós-guerra e a participação de Portugal nesses movimentos*, INA, 1980, p. 5.

Marshall. La principal razón del cambio es el rápido agotamiento de las reservas de dólar (a pesar de las grandes reservas en oro y de los créditos en libras) debido a la política de compras y desarrollo rápido del ministro Daniel Barbosa. Portugal sería uno de los países que menos se beneficiarían de la ayuda Marshall, en lo que sin duda tuvieron que ver sus declaraciones iniciales.

Sin embargo, la participación en el Plan Marshall tiene gran importancia. Portugal es miembro fundador de la OECE, que es la cuna verdadera de los organismos de cooperación europea. Su participación en la OECE se debe a que ésta no afectaba a la soberanía plena del Estado, a que la iniciativa había partido de los poderes atlánticos y no de la Europa continental, y a que se pensaba que esa organización sería sobre todo un lugar general de encuentro y discusiones. Esta institución será en realidad una verdadera escuela de cooperación multilateral, donde se forman no sólo los principales elementos de la nueva generación de la diplomacia, sino sobre todo los economistas, empresarios y gestores, que vendrán a ser los cuadros que organizan el viraje hacia la integración supranacional europea.

### **Los cambios con el arranque de la recuperación europea**

En los años cincuenta la posición del país evoluciona muy rápidamente, aunque más en el terreno práctico que en el teórico. Ya hemos visto cómo los responsables portugueses reciben mal la creación de los primeros organismos supranacionales europeos, y Salazar, en el ya citado documento de 1953, prevé su quiebra a corto plazo y sostiene que Portugal no debe participar en el proceso. De hecho el país permanece fuera de la CECA, de la VEO y del Consejo de Europa.

Sin embargo, la evolución del relacionamiento internacional del país es sustancial en los años cincuenta, a pesar de la inmovilidad de la doctrina oficial. El gran cambio reside en que la Europa de los Seis se convierte en la gran referencia económica de Portugal, al contrario de lo que acontecía antes.

El incentivo es el despegue de la economía europea tras el éxito del Plan Marshall. Portugal se beneficia indirectamente del «milagro económico» alemán y del pujante desarrollo de la economía de la RFA. Al cabo de pocos años se produce una aproximación efectiva entre los dos países, tanto en lo económico como en lo político. Alemania

se convierte en el principal socio comercial de Portugal y en su gran fuente de nuevas tecnologías. Con Francia ocurre algo semejante, aunque en menor escala.

Al mismo tiempo se produce una fuerte retracción de las relaciones económicas con los EEUU, muy especialmente desde el final de la ayuda Marshall, a partir de 1952. Portugal tenía dificultades en encontrar medios de pago, contrapartidas o créditos sustanciales en la zona del dólar.

En 1960 los Seis del Tratado de Roma serán la principal referencia económica de Portugal. En ese año la CEE representa el 38,2 por 100 de las importaciones y el 21,6 por 100 de las exportaciones. Para tener una idea comparativa bastará referir que en 1960 los países de la EFTA sólo cuentan con el 19,4 por 100 de las importaciones nacionales (la mitad que las de la CEE), el ultramar se queda en un 14,3 por 100, mientras que los EEUU ocupan un modesto 7,3 por 100 (menos de la mitad de las procedentes de Alemania, que representaban el 17,1 por 100), y el Brasil y España ni siquiera representan el 1 por 100. La propia Inglaterra, que había sido la gran referencia del comercio exterior portugués en los últimos siglos, ocupaba en 1960 el segundo lugar, después de la RFA.

Tenemos aquí ya una imagen muy diferente de la existente en 1948, cuando Europa continental tenía una importancia mínima en la economía portuguesa y la gran referencia eran los poderes atlánticos. En diez años la situación se había invertido.

Es ese cambio de fondo el que origina las primeras manifestaciones significativas de una corriente de opinión que pasa a encarar Europa con ojos diferentes, aunque esencialmente con un punto de vista pragmático y no basado en ideales o ideologías. Es una corriente poliédrica, pero que al final de los años cincuenta ya ocupa posiciones sólidas en los ministerios económicos, apoyada por un pequeño grupo de diplomáticos, funcionarios y elementos del mundo empresarial y de las profesiones liberales. Los principales nombres de este puñado de europeístas, con características muy peculiares, son los diplomáticos Ruy Teixeira Guerra, António Siqueira Freire y José Calvet de Magalhaes; políticos como Marcelo Caetano, que por entonces era la cabeza de lo que se llamaba el ala reformista del régimen; economistas y juristas como Magalhaes Colaço, Correia de Oliveira, Dias Felteira, Jacinto Nunes, Pereira de Moura y Daniel Barbosa.

Son figuras que apuestan por el desarrollo rápido del país, por su modernización, y creen que la forma de conseguirlo pasa por Europa.

Su aproximación a ésta es esencialmente pragmática. Los europeístas portugueses no están inspirados por los grandes ideales de la «Europa unida»; lo que los une es esencialmente una visión de cómo la integración europea puede favorecer y acelerar los cambios internos.

### La reacción a la formación de la CEE

Firmado el Tratado de Roma, Inglaterra, que queda fuera, propone en 1957 la creación de una zona de libre comercio europea en la üECE, de forma que se diluya y pierda importancia el desarme arancelario previsto por los Seis. Londres no tarda en comprobar que la propuesta no es viable ya que la CEE boicotea su avance en la üECE.

Inglaterra cambia de táctica a partir de 1958. Promueve entonces una zona de libre comercio europea paralela a la CEE, que abarcase los países industrializados de la Europa occidental que habían quedado fuera. Se multiplican entonces los contactos entre los llamados «Seis no Seis» (Inglaterra, Suiza, Suecia, Austria, Noruega y Dinamarca) para la formación de una zona de libre comercio menos ambiciosa que la CEE. Portugal, que ya tenía en Europa la principal referencia económica, corría el riesgo de quedarse fuera de ambos bloques en formación, con consecuencias que podían ser muy negativas para su desarrollo futuro.

Las principales preocupaciones surgen en los medios desarrollistas de la Administración y del sector empresarial. Una de las primeras voces internas en llamar la atención sobre las graves consecuencias de que Portugal se quedase fuera es Marcelo Caetano, en aquel tiempo ministro de la Presidencia, cabeza de una de las alas del régimen y delfín de Salazar. En un discurso de 1957<sup>13</sup>, Caetano defiende la necesidad de acelerar la industrialización y de revisar, a tal fin, la posición sobre Europa. De forma diplomática, no habla de un movimiento de integración europea, sino de «un movimiento librecambista europeo», donde se inscribe la recién creada CEE, aunque ésta tenga objetivos mucho más ambiciosos. La apreciación de este movimiento es claramente positiva: «Si Europa se une, no le faltarán condiciones naturales, ni económicas, ni intelectuales para volver a ser oída en este mundo donde parece constituir norma el amotinamiento contra todo lo que es pen-

---

<sup>13</sup> Marcelo CAETANO, *Discurso no Pavilhão das Indústrias Portuguesas no Congresso dos Economistas*, en 26 de mayo de 1957, Lisboa, 1957.

samiento o interés europeo.» Caetano sostiene que Portugal no puede adherirse a la zona de libre comercio en «completa igualdad con países europeos fuertemente industrializados», pues eso podría suponer «un golpe mortal en el esfuerzo de industrialización del país». Defiende asimismo que cualquier acuerdo tendría previamente que preservar la zona del escudo, es decir, las relaciones económicas con el Imperio. Sin embargo, añade una tesis nueva que deja bastante perplejo al sector más tradicional: Portugal no puede mantenerse al margen de este movimiento. Caetano concluye con una afirmación muy osada para la época: «Por lo tanto, una de dos: o la zona de libre comercio acaba por concebirse en términos suficientemente amplios para que en ella quepan los países en vías de desarrollo económico y con específicos intereses que salvaguardar; o, si no, aunque forzados a permanecer fuera de la zona, debemos buscar una fórmula de asociarnos al Mercado Común o a la propia zona en las condiciones y para los efectos que nuestra particular situación permita.»

Las palabras del ministro de la Presidencia son recibidas con entusiasmo por el sector desarrollista<sup>14</sup>.

El dilema portugués estaba planteado con mucha lucidez en un discurso innovador que a partir de 1957 sería repetido con múltiples variantes hasta la saciedad. El problema de Portugal con el Tratado de Roma no residía únicamente en que éste apuntase hacia regímenes políticos democráticos y aceptase el principio de la supranacionalidad en ciertos casos, lo que en sí mismo ya sería motivo para que Portugal recusara participar. El otro problema grave era que la CEE no sólo no admitía excepciones al calendario de desarme aduanero, sino que también se orientaba hacia la creación de una tarifa externa única y se refería, no al ultramar, sino a «territorios no europeos» con relaciones especiales. Su espíritu era que todos los Estados signatarios debían tener el mismo tratamiento en las relaciones con las colonias de un Estado miembro. Portugal no podía aceptar esto, puesto que consideraba esencial el mantenimiento de una relación privilegiada con la «zona del escudo».

La novedad en el discurso de Caetano era que defendía abiertamente que Portugal no podía permanecer de espaldas a Europa y tenía que encontrar una forma de participación.

---

<sup>14</sup> Vid. José M. BRANDÃO DE BRITO, *A industrialização portuguesa no pós-guerra (1948-1965)*, Lisboa, 1989, pp. 178-190.

A esa altura las tesis de Marcelo Caetano eran dominantes. Cuando, por ejemplo, en 1957 Salazar y Franco se encontraron en Ciudad Rodrigo, lo que constituía parte de su agenda era la discusión de los «problemas» planteados a los países ibéricos por la creación de la CEE y no el estudio de las formas de colaboración<sup>15</sup>.

La tesis oficial del régimen sobre Europa será además reafirmada por Salazar después del discurso de Caetano, en vísperas de la campaña electoral de 1958<sup>16</sup>. Lo que el responsable máximo del Estado Novo dice es que la formación de la CEE es un elemento perturbador, que destruye la unidad de la UECE y provoca dificultades a Portugal. Sin embargo, Salazar hace una importante concesión a los europeístas cuando confiesa su perplejidad ante la evolución reciente que contraría las anteriores expectativas: «En estas discusiones ásperas a que ha dado lugar la propaganda electoral un gracioso nos acusó, hablando en serio, de que aún no sabemos precisar qué posición adoptar ante el Mercado Común. Pues no. Hemos estudiado con ahínco y cuidado todos los aspectos de la cuestión, con los números y los hechos que la dan vida, pero el que sepamos muy bien cuáles son nuestros intereses no implica que tengamos garantizados aquellos que en buena medida dependen de la voluntad ajena»<sup>17</sup>.

Poco después Salazar seguiría reafirmando la necesidad de insertar a Portugal en un bloque iberoamericano y no en un bloque europeo<sup>18</sup>, sobre todo en una coyuntura en que «literalmente África arde». Se trataba de una afirmación ideológica, sin significado práctico, puesto que -para dar sólo el ejemplo de un indicador sencillo-, en 1960 el comercio con España e Iberoamérica era menos del 5 por 100 del total nacional. No era ciertamente este nivel de relaciones el que podía permitir la consolidación de un bloque que fuese una tercera fuerza europea.

Aún es preciso añadir que, como era norma, las diferentes sensibilidades sobre Europa no sólo dividían al régimen, sino también a la oposición. José Calvet de Magalhaes subraya con acierto que el

---

<sup>15</sup> Vid. Juan Carlos JIMÉNEZ REDONDO, *El ocaso de la amistad entre las dictaduras ibéricas, 1955-1968*, Mérida, UNED, 1996, p. 144.

<sup>16</sup> Discurso de Salazar en la Emisora Nacional, el 1 de Noviembre de 1957. En *Discursos*, vol. V, pp. 420-27.

<sup>17</sup> *Ibid.*, p. 440.

<sup>18</sup> Discurso en la sede de la Unión Nacional, el 23 de mayo de 1959, Lisboa, 1959.

«Programa para la Democratización de la República», documento medular de la oposición democrática en 1960, ni siquiera menciona el problema de la integración europea, como si éste no existiese <sup>19</sup>. Incluso António Sérgio, una de las principales referencias intelectuales de la oposición democrática, declaraba abiertamente su falta de fe en el «espíritu europeo» y llegaba al extremo de negar que existiese tal espíritu <sup>20</sup>.

El silencio oficial procuraba evitar la división de una oposición que tenía casi tantas dudas sobre la CEE como Salazar. Un libro de Cunha Leal, por ejemplo, compartía las tesis salazaristas de que la CEE era sobre todo un peligro para un país de tradiciones atlánticas y no continentales. Cunha Leal defendía incluso que cualquier entendimiento sólo fuese considerado a largo plazo, algo así como unos treinta o cincuenta años <sup>21</sup>.

### Entre Europa y África: ¿Opción o cOInplementariedad?

El dilema portugués ante Europa se plantea en el momento en que va a comenzar la lucha armada en África y en que los países europeos conceden la independencia a sus colonias negras. La evolución va a obligar a importantes ajustes en la posición portuguesa en relación a los dos continentes, ajustes que son complementarios. Sin embargo, la impresión que trasciende al público es que el régimen se divide entre europeístas y africanistas, con tesis opuestas y contradictorias. Esta impresión es real, en el sentido en que las dos corrientes del régimen defienden proyectos de largo plazo distintos y tienen diferentes sensibilidades en cuanto a los cambios internos que deben acompañarlos. Pero la impresión es falsa en cuanto que los cambios reales son complementarios. Lo que queremos decir es que la adhesión a la EFTA y el arranque del proyecto del EEP (Espacio Económico Portugués) son medidas complementarias y sólo aparentemente contradictorias.

El proceso que conduce a la adhesión a la EFTA arranca en 1957, cuando Inglaterra inicia los contactos en la UECE para estudiar la

<sup>19</sup> José CAIAET DE MAGALHÃES, «Salazar e a unidade europeia», en H. DE LA TORRE GÓMEZ (coord.), *Portugal, España y Europa. Cien años de desafío (1890-1990)*, Mérida, UNED, 1991, pp. 129-147.

<sup>20</sup> *Vid.* el estudio de Sérgio CAMPOS MATOS, «António Sergio europeísta?». Texto de la conferencia pronunciada en la Faculdade de Letras de la Universidade de Lisboa, 1996.

<sup>21</sup> CUNHA LEAL, *Considerações de um abstencionista*, Lisboa, 1957.

creación de una eventual zona de libre comercio. Calvet de Magalhaes dirige la delegación portuguesa y contesta la tesis británica que procura recluir a Portugal en el grupo de los subdesarrollados. La opinión que él y Magalhaes Colaço defienden es que Portugal es un país en vías de desarrollo, que debe ser tratado como cualquier otro, aunque precise de un plazo más dilatado para el desarme arancelario y de un régimen de excepción para casos particulares. A finales de 1957 se crea en la OEEC la comisión Maudling, donde Portugal se hace representar por el ministro Correia de Oliveira. El país consigue una importante victoria cuando un grupo de especialistas constituido para estudiar el caso portugués (la comisión Melander) acepta las tesis oficiales, incluso la necesidad de un régimen especial para defender las nuevas industrias. La comisión Melander contacta en Portugal con lo que podemos llamar el «núcleo duro» de los europeístas, que defienden las tesis ya expuestas por Marcelo Caetano: Correia de Oliveira, Ferreira Dias, Daniel Barbosa y Jacinto Nunes. Son los principales responsables de la política económica del Gobierno.

Aun así, y según la descripción de Calvet de Magalhaes, el principal diplomático implicado en el arranque del proceso, Portugal estuvo a punto de verse excluido del grupo de arranque de la EFTA. Cuando Inglaterra inicia contactos con «los Seis no Seis» para la formación de una zona de comercio libre, no invita a Portugal a participar. Fue por iniciativa de José Calvet de Magalhaes, sin instrucciones de Lisboa, que se hicieron las diligencias suficientes para que el país estuviera presente en las primeras reuniones de los «Seis + Uno», como invitado de última hora que nadie deseaba <sup>22</sup>.

Este episodio referido por Calvet de Magalhaes no puede sin embargo hacer olvidar que sectores significativos de la Administración y del mundo empresarial favorecían la adhesión a la EFTA, a pesar de las reticencias de los principales responsables políticos. Sin esto, nunca hubieran podido acometerse las gestiones de última hora para que Portugal participase.

Las negociaciones de la EFTA se prolongan en 1959, en Suiza y Suecia. Portugal consigue que se acepten las recomendaciones del informe Melander y acaba por negociar su adhesión en condiciones especiales, expresas en un anexo G. En él se prevén mayores plazos

---

<sup>22</sup> José CALVET DE MAGALHÃES, «Salazar e a unidade europeia», en H. DE LA TORRE (coord.), *op. cit.*, pp. 129-147.

para el desarme arancelario, así como la protección a las nuevas industrias.

La EFTA presenta diferencias fundamentales en relación a la CEE, que permiten la adhesión portuguesa. El acuerdo de la EFTA se limita prácticamente a la creación de una zona de libre comercio sin una tarifa externa común. No hay declaraciones de principio en cuanto a los regímenes políticos o sociales, ni proyectos para una evolución de carácter federal. El desarme arancelario se mitiga y se prolonga durante un plazo largo (hasta 1967), que aún es más amplio para Portugal (sólo el 50 por 100 de la reducción hasta 1970). El hecho de que no haya una tarifa externa común permite mantener las relaciones privilegiadas con las colonias.

La Cámara Corporativa elabora un cauteloso parecer sobre la EFTA a comienzos de 1960, que tiene como relator a Francisco Pereira Moura<sup>23</sup>, donde la adhesión se defiende con un curioso razonamiento. Según ese parecer, Portugal sólo tenía tres alternativas: o se adhería a la CEE, o se adhería a la EFTA, o se quedaba fuera y explotaba los acuerdos comerciales con España e Iberoamérica. Era fácil rechazar la alternativa de la CEE «por sus implicaciones políticas»; y era también fácil probar la debilidad de los lazos económicos con el mundo hispánico. Así, únicamente quedaba la posibilidad de la EFTA, por lo que la adhesión fue presentada como casi inevitable.

### La segunda zona portuguesa de comercio libre

El informe de la Cámara Corporativa no menciona como una cuarta alternativa el Imperio. No obstante, el problema se estudia de forma paralela. El comienzo de la lucha armada en Angola acelera las decisiones en este campo, bajo el impulso del ministro Adriano Moreira, animado de una mentalidad reformista e innovadora.

El proyecto ya era antiguo, puesto que hacía mucho tiempo que se aspiraba a ir hacia una creciente integración con el Imperio, en un proceso que debía desembocar en una zona de libre comercio, con tarifa y moneda única. Tal objetivo se indicaba ya al producirse la incorporación del Acto Colonial a la Constitución mediante la Ley 2048, de junio de 1951. La Ley Orgánica del Ultramar, aprobada poco después

---

<sup>23</sup> Vid. *Diário das Sessões da Câmara Corporativa*, de 2 de abril de 1960. Parecer núm. 30/7.

(Ley 2066, de 27 de junio de 1953) preveía la adopción de una tarifa y de una moneda únicas. En 1957 son eliminadas las barreras a la circulación de las mercancías entre las provincias ultramarinas, creando una zona restringida de libre comercio (Decreto-ley 41026, de 9 de marzo de 1957), que tuvo poca significación, pues el comercio entre las colonias era mínimo. Cuando se produce la adhesión a la EFTA, Portugal mantuvo las colonias fuera, como zona preferencial de comercio con la metrópoli.

La culminación de todo este proceso se concreta en el Decreto-ley 44016, de 8 de noviembre de 1961. Este Decreto prevé la activación de una serie de mecanismos orientados al desarme aduanero entre la metrópoli y las colonias que debía culminar con la creación de una moneda única. Fómase de inmediato una ZCL (Zona de Comercio Libre), con un proceso gradual de reducción de los derechos y un mecanismo de pagos y transferencias.

El apresuramiento de este proceso se explica porque Portugal mantiene negociaciones para ser admitido en el GATT, lo que vendrá a concretarse en abril de 1962, seis meses después de la formación de la ZCL con el Imperio. Así, cuando Portugal se adhiere al GATT ya le será posible declarar la existencia de dos zonas de libre comercio: la EFTA y el Imperio, ambas con un proceso de desarme arancelario que irá a prolongarse por lo menos diez años.

Esta peculiar situación del país a comienzos de los años sesenta se ha interpretado como un ejemplo de las divergencias en el seno del régimen entre europeístas y africanistas. En realidad las dos zonas son complementarias y sólo pueden entenderse desde una perspectiva conjunta. La EFTA pretende garantizar la inserción en uno de los dos grandes mercados europeos, base indispensable para la creación de algunas industrias nuevas (en un plano modesto) y para la modernización de la economía; el Espacio Económico Portugués (EEP) es su complemento, que pretende garantizar la futura creación de un mercado común del escudo, como concreción de la idea de una patria pluricontinental. La una y el otro no pueden entenderse separadamente.

Ambos se complementan, pues son la materialización de la idea, repetida hasta la extenuación por los responsables portugueses, de que la cooperación europea tiene que construirse sobre la base de Estados soberanos y deberá orientarse hacia África, complemento indispensable de Europa tanto en términos económicos como estratégicos. No hay contradicción real entre los defensores de la EFTA y del EEP. Lo

que sí hubiera provocado una fuerte contradicción habría sido la existencia de un sector que defendiese la adhesión a la CEE, pues los principios de ésta y su relación con el espacio imperial eran muy diferentes. Sin embargo, sólo voces muy aisladas<sup>24</sup> y de poco significado muestran en Portugal simpatía por la CEE a comienzos de los años sesenta.

Incluso las entidades que aparentemente surgían como los baluartes de los europeístas estaban en ese tiempo imbuidas de un pensamiento y de unas ideas que no correspondían a los de la CEE. Ése era el caso del Centro Portugués de Estudios Europeos, inaugurado el 5 de noviembre de 1962 con un discurso del ministro Adriano Moreira, uno de los más lúcidos e innovadores cerebros vinculados al régimen. Se trata de un discurso muy curioso, para pronunciarse en la inauguración de un centro de estudios europeos, pues es sobre todo una crítica a la falta de voluntad de lucha que prevalecía en Europa. El llamado «regreso a Europa» resulta condenado y aparece contrapuesto a la alternativa, elogiada, de un europeísmo basado en la defensa de los valores tradicionales y ultramarinos. Eran palabras muy influidas por el choque de los acontecimientos de Argelia, que se tornarían independiente ese mismo año tras la más sangrienta guerra del continente africano en el marco de la rivalidad bipolar.

Desde mi punto de vista, la adhesión a la EFTA debe interpretarse como una medida coherente y lógica con la gran estrategia nacional adoptada a comienzos de los años sesenta como consecuencia de la guerra de Angola. No fue una especie de aberración o un accidente producido por casualidad. La EFTA era un complemento necesario a la paralela formación del EEP y debe entenderse a la luz del europeísmo tradicional que prevalecía.

Una vez más, se trata de una medida con un amplio consenso nacional. No hubo en ese tiempo significativas voces discordantes que defendieran la otra idea de Europa encarnada en la CEE. Incluso las pocas excepciones surgen más dentro del régimen que en la oposición, como es el caso de Daniel Barbosa y de las posiciones ambiguas de Marcelo Caetano, que por entonces estaba haciendo su «travesía del desierto».

---

<sup>24</sup> Una de ellas la del ex ministro Daniel Barbosa, que en una serie de artículos publicados en el *Jornal do Comércio*, en agosto de 1962, defiende esta tesis.

## Los grandes cambios efectivos de los años sesenta

La realidad europea y nacional evoluciona muy rápidamente desde 1960, cuando se inicia el más impetuoso período de crecimiento económico que el continente ha conocido en la época contemporánea. Entre 1960 y 1973 la economía europea crece disparada. Portugal sigue ese proceso y es arrastrado por la «locomotora europea», especialmente por la CEE. En realidad los países que conocen las mayores tasas de crecimiento son Francia, Alemania e Italia, con valores entre 5 y 6 por 100 anuales de crecimiento del PIB en el período de referencia. Inglaterra se queda más atrás (en torno a un 3 por 100 anual). El éxito económico de la CEE es el gran incentivo de esta «época dorada» y el comercio de los Seis se multiplica más rápidamente que el de los Siete.

Portugal vive asimismo un período muy anormal. Para ser más exacto, es uno de los tres únicos períodos en los últimos doscientos años que Portugal crece más deprisa que la media de Europa occidental, o sea, en que se aproxima a Europa<sup>25</sup>. La tasa media de crecimiento del PIB portugués ronda el 6,2 por 100 entre 1960 y 1967 y alcanza los 7,8 por 100 en 1968-73, años éstos correspondientes al gobierno de Marcelo Caetano. Es de destacar que sólo dos países de la OCDE registran en estos años tasas superiores de crecimiento: Japón y Grecia<sup>26</sup>.

La EFTA fue desde el principio una solución de compromiso provisional. Fue esencialmente una forma de que Inglaterra superase la fase final del período en que aún pensaba que las vinculaciones con la Comunidad Británica podían constituir una alternativa a Europa. El éxito de la CEE aceleró la disolución efectiva de la EFTA como proyecto alternativo. Apenas había transcurrido un año desde su constitución cuando ya la cumbre de Londres aprobaba el comienzo de contactos bilaterales con la CEE. Inglaterra es la primera que sigue ese camino, y el 9 de agosto de 1961 pide la apertura de negociaciones para su adhesión a Bruselas.

La iniciativa inglesa representa un golpe terrible para Portugal. Es, ante todo, el colapso del último poder europeo importante que pen-

---

<sup>25</sup> Vid. el estudio de Nuno VALÉRIO y Maria Paula FONTOURA, *Foreign Economic Relations and Economic Growth in Portugal, 1840-1990; a Long Term View*, ISEG, Lisboa, 1996.

<sup>26</sup> OCDE, *Historical Statistics, 1960-1980*, Paris, 1982; y Nuno VALÉRIO y Eugénia MATA, *História Económica de Portugal*, Lisboa, 1994, p. 274.

saba que el ultramar era una alternativa económica viable a Europa, incluso complementado por los contactos privilegiados con la periferia del continente agrupada en la EFTA. Es asimismo el anuncio anticipado de la disolución de la recién creada organización.

En el caso de Portugal, los efectos de la solicitud británica de adhesión son evidentes: en 1960 Inglaterra representaba el 67 por 100 de las exportaciones y el 61 por 100 de las importaciones del país con la EFTA. Su salida retiraba gran parte del interés económico al bloque.

La actitud inglesa fue imitada por el resto de los miembros de la EFTA. Algunos piden la apertura de negociaciones para la adhesión. Otros, como Suecia y Suiza, se limitan a requerir contactos para estudiar un acuerdo de cooperación. Portugal está entre éstos, pues en 1961, como ya hemos visto, había fuertes motivos políticos que impedían la adhesión y ningún sector importante de la opinión pública interna la defendía. La solicitud portuguesa, presentada el 18 de mayo de 1962, obedece a una fórmula deliberadamente imprecisa: «establecer los términos de la colaboración que el Gobierno portugués pretendía ver establecida en un futuro próximo». Se desciende incluso al detalle de añadir que la colaboración no es con la CEE, sino con el «conjunto de los países de la CEE», que no es lo mismo.

El primer encuentro quedó marcado para febrero de 1963, pero ya antes la Francia *gaullista* anuncia que vetará la adhesión de Inglaterra a la CEE, lo que la bloquea por completo. Las negociaciones con los restantes países de la EFTA quedan inmediatamente paralizadas. La actitud francesa prolonga artificialmente la vida de los Siete. La EFTA permanecerá aún activa durante casi diez años.

Para Portugal el mantenimiento de la EFTA es importante, entre otras cosas porque el país había obtenido un estatuto especial que le permitía disfrutar de las ventajas sin padecer gran parte de los inconvenientes de la institución. La EFTA se disuelve justamente cuando los inconvenientes iban a hacerse sentir, a partir de 1970. El comercio con los Siete aumenta en los años sesenta en términos absolutos y relativos y nacen nuevas industrias de exportación ligadas a ese mercado, como la del papel y los concentrados de tomate.

Debemos añadir que, al contrario de lo que generalmente se piensa, incluso en los años sesenta la referencia básica de la economía portuguesa siguió siendo la CEE. La EFTA es en 1968 el principal destino de las exportaciones portuguesas, absorbiendo cerca de un tercio (33,3

por 100), mientras que a la CEE sólo corresponde la mitad de ese valor (16,6 por 100) y al Imperio una cuarta parte del total (24,9 por 100). Sin embargo, éste es el único indicador significativo en que predomina la EFTA, demostrando que ésta fue principalmente un mercado atractivo para algunos productos de exportación que, al contrario de lo habitual, se tornan internacionalmente competitivos.

En el campo de la importaciones el dominio de la CEE en ese mismo año de 1968 resulta evidente: el 33,4 por 100 de los productos adquiridos en el exterior vienen de ahí, frente al 22,1 por 100 de la EFTA y el 15,7 por 100 del Imperio. Es curioso añadir que el bloque iberoamericano sigue teniendo poco peso: de Brasil viene el 1,1 por 100 de las importaciones, y de España el 4,1 por 100, mientras que los valores de las exportaciones son aún menores (1 y 1,5 por 100, respectivamente).

En conjunto, en 1968, Portugal mantiene más comercio con la CEE que con la EFTA, aunque los dos bloques casi se igualan: 14.784.000 «contos»<sup>27</sup> para la EFTA y 14.982.000 para la CEE.

Si ampliáramos algo el análisis más allá del comercio exterior, el predominio de la CEE se torna evidente. Si Portugal compraba principalmente en esta zona, era no sólo porque tenía las tecnologías que el país necesitaba, sino también porque suministraba los créditos para realizar esas compras. Los países de la CEE eran asimismo los grandes inversores extranjeros, tanto en Portugal como en el Imperio. Baste recordar, por ejemplo, el proyecto de la presa de Cabora Bassa, que era el mayor del África portuguesa.

Sin embargo, el factor más importante era la emigración. Como es sabido, estalla en los años sesenta, alcanzando valores que son cuatro veces mayores que los de la década anterior. En menos de quince años un millón y medio de Portugueses salen del país tanto legal como clandestinamente, lo que representa algo así como la mitad de la población activa. Los grandes destinos de esta riada de gente son con gran diferencia Francia y la RFA, principales países de la CEE que absorben dos terceras partes de la emigración portuguesa.

Al final de la década de los sesenta los emigrantes son ya uno de los más significativos factores de financiación exterior de la economía portuguesa. Sus remesas equivalen al déficit de la balanza comercial y, sin ellas, la balanza de pagos no podría equilibrarse. Lo cual obligaría

---

<sup>27</sup> Un «conto» equivale a mil escudos. (Nota del traductor.)

a repensar toda la distribución de los recursos nacionales, sobre todo la financiación de las guerras de África.

También los emigrantes ejercieron un efecto sustancial en la evolución de la opinión pública nacional. Portugal era un país en que generalmente la población tenía relativamente pocos contactos con Europa hasta los años sesenta. El millón y medio de emigrantes altera por completo esta situación, pues muchos de ellos visitan con regularidad a las familias y traen consigo una imagen mítica de una Europa democrática, con un nivel de vida muy superior, que pasa a ser un modelo y una referencia a imitar. Su acción se completa con la explosión del turismo, que pasa de menos de 300.000 visitantes anuales a más de 4 millones en 1973. Los emigrantes y el turismo son las grandes fuentes de divisas de la economía portuguesa, gracias a las cuales puede mantenerse una balanza de pagos equilibrada. Constituyen asimismo los grandes factores de cambio de la mentalidad nacional en estos años: Europa entra literalmente por la puerta de los portugueses, y los emigrantes cuentan historias maravillosas y doradas de lo que ocurre en la CEE democrática, que conocen por experiencia directa.

La mudanza de la perspectiva de la opinión nacional sobre Europa es rápida y patente. A comienzos de los años sesenta los partidarios de una adhesión a la CEE eran pocos y sin peso; al final de esta década Europa -entendiendo por tal la CEE y sus principios- se había convertido en uno de los temas más polémicos, pero a la vez más presentes en la sociedad portuguesa.

Esta evolución es también perceptible en el propio discurso oficial. A partir de 1962, por ejemplo, no encontramos ya ataques abiertos a la CEE en el discurso de Salazar, del mismo modo que desaparecen los pronósticos del fin próximo e «inevitable» de esa experiencia europea.

En esta fase intermedia se modifica la forma de hablar de los responsables nacionales de Europa. Se deja caer discretamente la idea de que la soberanía del Estado nunca puede ponerse en entredicho y de que está excluida la inserción de Portugal en alguna forma de federación. Por el contrario, pasa a defenderse la «unión europea», pero no la unión a una Europa cualquiera. Veamos dos ejemplos diferentes para ilustrar mejor esta evolución.

João Ameal, uno de los principales historiadores del régimen, publica en 1967 un libro titulado *A Ideia de Europa*, que sirve como manual para las clases del ISCSPU. La línea maestra de su razonamiento es que la Europa moderna siempre fue ultramar y, por tanto, está ligada

a África y a los valores de la expansión: «Nadie como nosotros fue el portador abnegado, heroico, eficiente de la idea de Europa a todos los pueblos, a todas las regiones del mundo (...). En la actualidad nadie como nosotros -desafiando las apostasias y las cobardías de las ideas occidentales- se niega a ser cómplice de la dimisión de Europa» (p. 176). Era la vieja idea de que Portugal defendía en África los verdaderos valores del occidente, pero ahora obligatoriamente vestida con los ropajes de Europa y con una significativa actualización del lenguaje.

Otro ejemplo es un pequeño folleto titulado *Europa*, que Marcelo Caetano publica en 1964. Como era de esperar, el autor realiza un caluroso elogio del espíritu europeo y -lo que constituía una novedad- defiende abiertamente el movimiento hacia la unión europea como «bueno y deseable». Añade, sin embargo, que Europa se enfrenta a una rebelión contra a su espíritu, que procede del materialismo socialista y capitalista, lo que constituye, más que cualquier otra cosa, el factor que la lleva a «unirse para no perecer». Y éste es el llamamiento final, deliberadamente ambiguo y que no suscribe muchas de las tesis oficiales del régimen en 1964: «Es necesario que los europeos -hombres y naciones- se unan en la misma voluntad de preservación y salvación.» Marcelo Caetano seguía siendo uno de los portugueses más europeístas, desmarcándose de forma cuidadosa de las tesis oficiales y yendo siempre un paso adelante en este proceso de evolución.

También la oposición estaba cambiando. Contra lo que era habitual, en las elecciones de 1969 Europa ya se menciona, e incluso se discute, aunque siga ocupando un lugar un tanto vergonzante, en cuanto asunto polémico, que no era cómodo discutir, puesto que servía más para dividir que para unir. En realidad el problema de Europa estaba íntimamente asociado al africano, que la oposición prefiere no discutir abiertamente en 1969.

Tanto la CDE como la CEUD, los dos grandes bloques de la oposición en 1969, hacen menciones pasajeras y poco comprometidas, aunque normalmente elogiosas, de la CEE y sobre todo del «espíritu europeo», expresión general que no ofende a nadie. La CEUD difunde incluso un estudio de Manuel Belo con el título *O Mercado Único Portugues e a Integração Económica Europeia*<sup>28</sup>. El autor defiende que el impacto del EEP fue limitado y que esta zona económica estaba en regresión;

<sup>28</sup> En *As Eleições de Outubro de 1969*, Lisboa, Europa-América, 1970, pp. 449-453.

sobre la CEE considera que la hora de las opciones «tal vez no esté muy próxima, pero es inevitable», por lo que la «línea política que debería seguirse es la de una aproximación a la CEE en etapas sucesivas». La conclusión podía ser suscrita por Marcelo Caetano, aunque éste fuese aún más lejos. En realidad, la hora de las opciones estaba próxima.

### **Las condiciones de la aproximación a la CEE**

Tras la retirada de De Gaulle, en 1969, Francia retira su veto a la adhesión de Inglaterra. Lo que significa en primer lugar que la EFTA queda reducida a una sombra de sí misma puesto que tres de sus siete países se adhieren al Tratado de Roma. La cumbre de la CEE de La Haya, en diciembre de 1969, aprueba la apertura de negociaciones con los países de la EFTA que no habían pedido su adhesión, lo que implicó la reanudación de los contactos paralizados desde 1963.

Con el nuevo alineamiento europeo, la CEE pasó a representar en 1974 un 49 por 100 de las exportaciones y un 45 por 100 de las importaciones portuguesas, convirtiéndose en la principal referencia económica del país. La cuestión de la adhesión de Portugal sigue sin plantearse, pues los países del Tratado de Roma no aceptan en su seno un régimen político y una situación imperial como los portugueses. Sin embargo, desde finales de 1969 casi todos los sectores nacionales se muestran de acuerdo en la necesidad de encontrar un relacionamiento especial con la CEE.

La disolución de la EFTA no es la única razón. Desde 1970 era evidente que el EEP no evolucionaba como se había esperado y afrontaba crecientes dificultades. El esquema previsto para el EEP apuntaba a comienzos de los años setenta en la dirección de una moneda única. No sólo no se concretan las condiciones para ello, sino que las transferencias entre la metrópoli y Angola están muy atrasadas. Aún peor, se oían voces en sectores de la economía angoleña y mozambiqueña que criticaban el esquema del EEP, considerándolo un obstáculo al desarrollo de las economías africanas, que sólo obtendrían beneficios de un aumento de los contactos directos con el exterior sin pasar por la metrópoli.

En 1971 el Gobierno reconoce oficialmente que el proyecto del EEP no avanza como se pensaba. El paso decisivo es la aprobación

del Decreto 478/71, de 8 de noviembre de 1971. Mientras que hasta entonces la abundante legislación se dirigía hacia una creciente integración de las economías del espacio portugués, este Decreto es el primero que frena el proceso e incluso arroja dudas sobre la viabilidad de todo el esquema. Su preámbulo reconoce que el problema de fondo son los «desequilibrios de desarrollo del Estado portugués»; afirma que no pueden esperarse «milagros» a corto plazo; y apunta la adopción de soluciones restrictivas inmediatas debido a la crisis en los pagos de la metrópoli con África. El decreto prevé un nuevo sistema de pagos entre las zonas del EEP, que aparta por completo la posibilidad de una moneda única a corto plazo, al tiempo que establece grados de prioridad para los diferentes tipos de mercancías e invisibles.

La legislación posterior a noviembre de 1971 es semejante. Se trata en lo esencial de medidas de corto plazo para resolver los problemas acumulados más urgentes, abandonándose en la práctica la idea de un completo desarme aduanero o de la creación de una moneda única, paso esencial en la unificación del EEP. Teóricamente, el esquema de 1961 sigue en vigor, pero está fuera de dudas cualquier posibilidad de respetar el calendario previsto, y el legislador actúa como si no se tomase muy en serio la posibilidad de que alguna vez llegase a concretarse.

Podemos decir que desde finales de 1971 resulta evidente que el EEP ha fracasado, o por lo menos su concreción se remite a una fecha lejana. Ello aumenta aún más la importancia de la vinculación económica con Europa que, en cualquier caso, tiene ya un peso muy superior al de África.

Las negociaciones con la CEE comienzan así en un clima económico muy especial, en pleno período de crecimiento rápido, pero teniendo como panel de fondo el colapso simultáneo de la EFTA y del EEP, o más bien el colapso de estos proyectos tal y como habían sido concebidos diez años antes, pues en teoría ambos seguían vigentes. Se trata de un ejemplo más de la tesis, ya expuesta, de que la EFTA y el EEP eran en amplia medida complementarios, mientras que la CEE se presentaba como una alternativa a ambos.

### **El acuerdo comercial con la CEE**

A partir de 1970 surge una abundante literatura que estudia las implicaciones de la CEE y las ventajas relativas entre ésta y la EFTA

o el Imperio. Asimismo se multiplican los debates entre los llamados africanistas, defensores de un estrechamiento de los lazos con el Imperio, y los europeístas, defensores de un acuerdo todo lo amplio posible con la CEE. Uno de los foros de este debate es la Asamblea Nacional, donde los diputados del «ala liberal» elegidos en las listas de la Unión Nacional se destacan en la defensa de las tesis europeístas.

Marcelo Caetano, ahora en el poder, procura mantener un cierto distanciamiento público entre los sectores que se dibujan en el interior del régimen. Sus discursos y afirmaciones públicas obedecen siempre a un esquema semejante: afirmaciones generales favorables a la CEE y al espíritu europeo; afirmaciones concretas todo lo vagas e imprecisas posible.

Entre la literatura publicada por entonces sobre el tema, podemos citar a modo de ejemplo los libros *Portugal e o Mercado Comum*, de Carlos Roma Fernandes y Pedro Álvares (Lisboa, Morães, 1972); *Portugal e a Integração Económica Europeia*, de Alberto Xavier (Coimbra, Almedina, 1970); *O que é o Mercado Comum*, de Sérgio Ribeiro (Lisboa, Edições 70, 1970). En todos es notoria la preocupación explicativa, la toma de postura favorable al movimiento general de integración europea y el estudio, con mayor o menor preocupación, de las consecuencias de la integración para Portugal, encarada como algo inevitable.

Esta breve referencia a diversos indicadores del espíritu y mentalidad vigentes en Portugal en los años del *marcelismo* muestra las grandes diferencias respecto de los años sesenta. Muestra igualmente que la evolución se procesaba de acuerdo con un divisorio que no correspondía a la división política tradicional. En realidad encontramos europeístas y antieuropeístas en las filas del régimen y de la oposición, aunque el núcleo duro de los africanistas, en abierta oposición a la CEE, se identificase con los ultras del régimen. Era un sector minoritario y con poca influencia en la administración económica del Estado. El argumento contra ello era, por otra parte, simple y directo: un estrechamiento de los lazos económicos con el Imperio no era viable y la recuperación del calendario del EEP propuesto en 1961 exigiría un esfuerzo financiero tan amplio por parte de la metrópoli, que pondría en peligro la estabilidad del escudo y de toda la economía, con resultados efectivos muy dudosos.

En realidad, en los años de Marcelo Caetano las vinculaciones económicas con el Imperio disminuyen, incluso en términos relativos, en un momento en que las economías de Angola y Mozambique continúan

expandiéndose y refuerzan los lazos directos con el exterior, sin pasar por Portugal. En estos años, además del sector africanista más clásico, partidario del proyecto político del EEP, existe otro que mira con buenos ojos una diversificación de los contactos de las economías del ultramar, una mayor apertura al exterior y, enseguida, la profundización de las relaciones económicas entre los países de la CEE y el África portuguesa. Recordemos que Alemania y Francia eran los mayores inversores externos en el África portuguesa y que, de una u otra forma, estaban presentes en todos los grandes proyectos que allí existían.

El estudio de las modalidades de la relación con la CEE fue lanzado por el Estado en marzo de 1970, con un espíritu muy diferente del anterior. Con ese fin, el día 12 se creó una comisión interministerial, presidida por Ruy Teixeira Guerra y en la que participaban José Calvet de Magalhaes, João Cravinho y Silva Lopes, todos destacados europeístas. Su misión era deliberadamente amplia: examinar las «posibilidades futuras en lo que respecta a los procesos de participación del país en los movimientos que tienen como objetivo la integración económica europea». No se trataba meramente de estudiar la relación posible a corto plazo con la CEE, sino de ver cómo podía el país relacionarse con la integración europea que, como ya se reconocía, vendría a marcar el futuro del continente.

La comisión plantea desde el principio sus trabajos más en un terreno político y diplomático que económico. El informe que resume sus conclusiones servirá de base a las negociaciones con la CEE. Fue redactado en términos cautelosos. Reconoce que, de momento, debido a razones políticas y al problema africano, está excluida la posibilidad de la adhesión. Pero enseguida añade, como una de las principales recomendaciones, que no debe hacerse oficialmente ninguna declaración contraria a los principios de la CEE, ni excluir la posibilidad de una futura adhesión. Los obstáculos concretos, sobre todo el problema africano, deben superarse con frases tan vagas como sea posible, situando el territorio africano fuera de las discusiones. Así, las negociaciones debían abrirse para estudiar las modalidades de la relación comercial y económica futura del Portugal continental con la CEE, sin siquiera mencionar el ultramar. Estamos ya muy lejos de los tiempos de Salazar.

La CEE acepta esta aproximación pragmática y poco comprometida, porque tampoco estaba interesada en plantear el problema africano que bloquearía cualquier acuerdo. Las negociaciones comienzan en noviembre de 1970, con una exposición del ministro Ruy Patrício

en Bruselas sobre principios generales. Las reuniones con los representantes de la CEE son esencialmente técnicas y corren a cargo de una comisión presidida por Teixeira Guerra, apoyado en los asuntos económicos esencialmente por João Cravinho y Silva Lopes.

Debemos subrayar que el calendario de las negociaciones con Portugal era absolutamente normal, a pesar de la peculiar situación del país desde el punto de vista político. Por entonces la CEE estaba empeñada en dos series de negociaciones paralelas: una con los países que habían solicitado su adhesión (Inglaterra, Dinamarca, Noruega, Irlanda); otra con los países que había pedido acuerdos comerciales especiales (Austria, Islandia, Suiza, Suecia y Portugal), donde se encontraban los restantes Estados de la EFTA.

El acuerdo de adhesión del primer grupo se firma en enero de 1972. Los acuerdos comerciales especiales con el segundo grupo se firman en julio de 1972, obedeciendo a un patrón semejante. Portugal firma entonces dos acuerdos comerciales, uno con la CEE, donde se prevé un desarme arancelario lento, de acuerdo con el ritmo ya anteriormente adoptado con la EFTA, y otro relativo a productos siderúrgicos con la CECA.

Estos acuerdos constituyeron el marco de relacionamiento con la CEE hasta las negociaciones para la adhesión, ya después de 1976. En la práctica Portugal consiguió en amplia medida reducir la CEE al nivel de la EFTA, o, dicho de otro modo, consiguió firmar un acuerdo mínimo que dejaba al margen todos los aspectos polémicos, desde la supranacionalidad de ciertas instituciones, hasta el régimen político y el problema africano. Fue ésta la relación pragmática posible en aquellas circunstancias, que amplios sectores de la economía y de la Administración ya consideraban como un meró compás de espera antes de que pudieran abrirse las negociaciones para una adhesión, o sea, antes de que se eliminasen los obstáculos políticos que la tornaban imposible.

Que sepamos, el acuerdo de 1972 no fue criticado por ningún sector importante de la sociedad portuguesa. Todos lo aceptaron, o como un mal inevitable o como un bien que no podía de momento ampliarse.

### **Portugal y Europa: los tortuosos caminos de lo inevitable**

Hemos visto cómo Portugal rechazó al principio de forma absoluta cualquier participación en el movimiento de integración europea, que

consideraba una especie de aberración, un producto infeliz de un tiempo confuso, que nada tenía que ver con los verdaderos valores occidentales y con las tradiciones atlánticas del país.

Esta posición inicial se explica por cuatro motivos interrelacionados:

- el primero y mas importante es el reducido peso económico, cultural y político que tuvo Europa continental en Portugal durante la época contemporánea, y sobre todo en la primera década después de la guerra;

- el segundo es la falta de comprensión que tuvieron los responsables respecto del sistema internacional que estaba creándose y de su evolución. Sobre todo la idea que sostenían de que la integración europea era un producto directo de una gran confusión y que no tenía futuro;

- el tercero es la estrategia nacional definida, donde las grandes prioridades son la defensa del Imperio y de los regímenes dictatoriales ibéricos;

- el cuarto es el hecho de que el movimiento partía de los Seis, países de régimen democrático, y estaba animado por principios ideológicos generales de respeto por los derechos y libertades individuales que el Estado Novo no suscribía.

Esta posición inicial sería rápidamente erosionada por la evolución de la situación. La rectificación de esas posiciones iniciales del país en relación a la integración europea es inmensa: en 1947, se trataba de una recusa absoluta a cualquier participación; en 1970 hay ya un deseo de encontrar una fórmula lo más amplia posible y la creencia de amplios sectores en una futura participación plena.

La principal causa de esa alteración no es política ni ideológica, sino que dimana de los efectos políticos, económicos, culturales y mentales que generó en Portugal el arranque del desarrollo europeo.

La Europa de los Seis era ya la principal referencia de la economía portuguesa a finales de los cincuenta, y esa posición será permanentemente reforzada, incluso después de la formación de la EFTA. El enorme éxito del Tratado de Roma, contra todos los pronósticos nacionales, constituye la principal explicación del cambio nacional.

En 1970 no sólo los lazos con la CEE eran con mucho los más fuertes a todos los niveles, sino que el colapso de las otras alternativas era evidente. El Espacio Económico Portugués estaba de capa caída; la posibilidad de mantener el Imperio sin una estrategia basada en

alguna forma de autonomía era considerada ya más que dudosa por amplios sectores de la opinión; y la célebre comunidad iberoamericana permanecía como una posibilidad teóricamente interesante, pero, desde un punto de vista práctico, tan falta de realismo como siempre. La adhesión de los principales países de la EFTA a la CEE viene a completar este amplio abanico de razones y acabó con las últimas objeciones significativas a la necesidad de una aproximación que hacía olvidar las tesis iniciales.

En cuanto al movimiento de integración europea, Portugal aparece como un pequeño país que en estos años sufre una rápida evolución de casi ciento ochenta grados debido a la propia evolución del sistema internacional y a la completa alteración de sus referencias exteriores. Se trata de una evolución a regañadientes y mal comprendida por cualquier sector significativo del régimen o de la oposición. No hay en Portugal grandes defensores de los ideales europeos ni entusiastas de la integración. Los sectores más empeñados se encuentran entre los sectores económicos de la Administración y en el ala liberal del régimen. Lo que demuestra, si aún se precisasen pruebas, que se trata de un movimiento que se impone sobre todo en el terreno económico y que trasciende las clásicas divisiones políticas de la sociedad.

Eso es lo que torna interesante el estudio de la evolución portuguesa en el tema de la integración europea. Muestra que un pequeño poder no puede oponerse durante mucho tiempo a las tendencias generales de la evolución del sistema y que, cuando intenta hacerlo, el resultado es que, antes o después, acaba por tener que aceptar lo inevitable y paga un alto precio por la demora. Muestra también la anormal capacidad de resistencia de Portugal, que consiguió atrasar decenas de años lo que sería la evolución natural.

Esta anormal capacidad se explica sobre todo por la disfunción portuguesa, o sea, por un conjunto de factores estratégicos, políticos, económicos y culturales que dan a este pequeño país un poder anormal en el sistema internacional. Portugal utilizó los factores de su disfunción para retrasar lo inevitable en estos años. Aun así, el país fue cediendo gradualmente posiciones, en un retroceso permanente y por etapas. Su poder era anormalmente grande en relación con su dimensión, pero, obviamente, era limitado.

Uno de los aspectos fascinantes en este proceso es que la aceptación de la participación en la integración europea acaba por imponerse de forma natural, casi automática. La marginación aún se justificaba amplia-

mente en el plano teórico, al menos en los documentos internos escritos por el propio Salazar, y sus argumentos se repetían con variantes distintas. Por el contrario, la participación surge sin grandes debates internos, sin discusiones políticas, sin presiones externas, sin cualquier campaña de la oposición, sin grandes o pequeños movimientos de la opinión pública. Es una especie de «acto de Dios», que se acepta como inevitable, sin que eso suponga que guste. Tal es la fuerza del sistema internacional.

En resumen, en estos años asistimos al cambio de un país que define para sí una gran estrategia que no corresponde a la evolución del sistema internacional. Es una estrategia basada en la negación de la integración europea, en el sueño del mantenimiento de un imperio clásico y en el sueño aún mayor del bloque iberoamericano. La realidad se encargaría de destruir esos sueños a través de un proceso de varias etapas que pasa por la EFTA y por el EEP y que hemos examinado en sus líneas generales.

### Bibliografía básica

- AGUIAR, Joaquim, «Para além do estado nacional. Da crise política à crise do conceito», *Análise Social*, núm. 118-119, Lisboa, 1992, pp. 801-827.
- BRANDÃO DE BRITO, José, *A industrialização portuguesa no pós-guerra* (1948-1965), Lisboa, 1989.
- CRUZ, Manuel Braga da, «Europeísmo, nacionalismo, regionalismo», *Análise Social*, núm. 118-119, Lisboa, 1992, pp. 827-857.
- FERNANDES, Carlo Roma, *Portugal e o Mercado Comum*, Lisboa, Moraes, 1972.
- FERREIRA, José MeCleiros, «Os regimes políticos em Portugal e a organização internacional da Europa», *Política Internacional*, núm. 11, Lisboa, 1995.
- FERREIRA, Manuel Ennes, *Angola - Portugal. Do Espaço Económico Português às relações pós-coloniais*, Lisboa, Escher, 1990.
- FRANCO, A. L. de Sousa, «A economia», in A. Reis (coord.), *Portugal, 20 anos de democracia*, Lisboa, Cículo de LeíLores, 1995, pp. 170-294.
- GUERRA, Ruy Teixeira, «Alguns aspectos passados e presentes da integração europeia», *Boletim da Sociedade de Geografia de Lisboa*, Lisboa, 1976.
- JIMÉNEZ REDONDO, Juan Carlos, *El ocaso de la amistad entre las dictaduras ibéricas* (1955-1968), Mérida, UNED, colec. «Cuadernos de Estudios Luso-Espanoles», núm. 1, 1996.
- MARTINS, Rogério, *Possibilidade da Europa*, Coimbra, 1955.
- MAGALHÃES, José Calvet de, *Os movimentos de cooperação e integração europeia no pós-guerra e a participação de Portugal nesses movimentos*, INA, 1980.

- «Salazar e a unidade europeia», in H. de la Torre Cómez (coord.), *Portugal, España y Europa. Cien años de desafío (1890-1990)*, Mérida, UNED, 1991, pp. 129-147.
- MATOS, Luís Salgado de, «O sistema político português e a Comunidade Europeia», *Análise Social*, núm. 118-119, Lisboa, 1992, pp. 773-789.
- MATOS, Sérgio Campos, *António Sérgio europeísta?* (texto presentado al coloquio «A Construção da Europa», Lisboa, Faculdade de Letras da Universidade de Lisboa, 1996).
- MESQUITA, Alberto Marques, *Portugal e a COInunidade Económica Europeia*, Lisboa, 1957.
- MOREIRA, Adriano, *Espaço Europeu*, Lisboa, Agência Ceral de Ultramar, 1962.
- *A conjuntura internacional portuguesa*. Separata do Boletim da SCL, Lisboa, 1973.
- OLIVEIRA, César, *Cem anos nas relações luso-espanholas.*, Lisboa, Cosmos, 1995.
- PINTO, Luís Manuel Teixeira, *Portugal e a integração económica europeia*, Lisboa, 1957.
- ROSAS, Fernando, *O Estado Novo*, História de Portugal, vol. VII, Lisboa, Estampa, 1994.
- SALAZAR, António de Oliveira, *A posição portuguesa em face da Europa, da América e da África*, Lisboa, SNI, 1959.
- SAMPAIO, Ruy Teixeira, *Os movimentos de cooperação e integração europeia no pós-guerra e a participação de Portugal nesses movimentos*, INA, 1980.
- TORRE COMEZ, Hipólito de la (coord.), *Portugal, España y Europa. Cien años de desafío (1890-1990)*, Mérida, UNED, 1991.
- Y SÁNCHEZ CERVELLÓ, Josep, *Portugal en el siglo xx*, Madrid, Istmo, 1992.
- XAVIER, Alberto Pinheiro, *Portugal e a integração económica europeia*, Coimbra, 1970.